

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 31 / Julio - Diciembre 2024

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro
Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera
Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González
Jefe del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo
Coordinadora de las Revistas para la Licenciatura en Letras Hispánicas



Imagen de portada:
Llevo el universo conmigo
Helen Carina Ramírez Padilla
(HelenCary)

PIROCROMO

Editora:
Xamira Martínez Márquez

Editor adjunto:
Saúl Abraham Morales Piña

Consejo editorial:
Arlette Armenta Lira
Dalia López Palomo
Danna Paulette del Río Guillén
Iris Quetzali Jiménez Díaz
Itzel Román Álvarez
María Alejandra Mendoza González
Merari Estefanía Martínez Reyes
Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla
Sara Juliette Martínez Delgado
Verónica Hernández Núñez
Ximena Rocha Pinot

Diseño gráfico:
L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:
José Roberto Romo Delgado

Contacto
revistapirocromo@gmail.com
<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>
Facebook: @pirocromo
TikTok: @revistapirocromo
Instagram: @revistapirocromo

Núm. 31 (2024): Cosmos

PIROCROMO, número 31, julio-diciembre 2024, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Departamento de Letras Hispánicas y el Centro de las Artes y la Cultura. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags., México. Tel. (449)9107400, ext. 58205. <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com. Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102; e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Xamira Martínez Márquez, Avenida Universidad No. 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier COSMOS

> NARRATIVA

2169

Ricardo Alberto Linares Martagón

5

De Mercurio a Monet

Az

9

El sentir azul

Terciopelo Azul

14

Micpapalotl

Alma Ruiz Velasco

19

Retrato de una linda familia

Eduardo Omar Honey Escandón

27

Volar, sólo volar

Eduardo Omar Honey Escandón

32

> POESÍA

Ecos nocturnos

Maya B. Haro

7

Explosión de auroras

Mar Amargo

10

Espacio interior

Victoria Lara Pérez

17

Hija de titanes

Arly Aguamarina

25

Por eso los eclipses solo duran minutos

Frida Joen Rangel Esparza

28

Vagabundeo *sulla* la Vía Láctea

Mariana R.

31

Tierra llamando al mayor Tom

Cristian Adair Lara Camacho

36

> HISTORIETA

Asuntos en Ganímedes

Eunice Medina Santos (Ío Vereda)

4

EDITORIAL

Descifrar y comprender la infinita vastedad del espacio es, y siempre ha sido, una de las mayores constantes que ha mantenido ocupada a nuestra curiosidad como especie a lo largo de nuestra historia, pues mirar hacia el cénit del firmamento, en aquellas ahora ya escasas noches inundadas de estrellas, no ha hecho más que despertar el instinto de la curiosidad y hacer que nos cuestionemos: ¿quiénes somos ante la inmensidad del universo?

Es por ello que, en *Pirocromo*, decidimos aventurarnos hacia los confines de la creatividad en compañía de nuestro astrolabio, para develar y contemplar a aquellos navegantes del éter que se descubren a sí mismos entre astros, los cuales sosegaban a sus almas con su cálida luminiscencia, que se entrometen en las bisectrices de las cuadraturas lunares, con el fin de hallar alguna verdad; o bien, que exploran entre la oscuridad de las sombras producidas por las sizigias, para traer de ellas algunas verdades sobre el ser humano.

De esta manera, te invitamos a ti, fiel y curioso lector, a explorar entre estas páginas lo que la infinitud de las bóvedas astrales brindó al ingenio de nuestros colaboradores; a escuchar lo que tienen por decirnos a través de los *Ecos nocturnos*; a identificar, comprender y ensimismarse por las maravillas de nuestro *Espacio interior*; a quedar cautivo ante una *Explosión de auroras*; o, simplemente, *Volar, solo volar*. Agradecemos, como consejo editorial, presenciar a través de letras y trazos el mejor retrato que pudo hacerse sobre la esencia del cosmos.

Verónica Hernández Núñez y Saúl Abraham Morales Piña



COMANDANTE...

¿EH? ¿HAY PROBLEMAS EN GAN...? ¡OH!

SOLICITO PERMISO PARA VOLVER A LA BASE DE LA LUNA GANÍMEDES.

¡IRÁS A VERLO!

NO ES CIERTO.

HOLA DE NUEVO, GRANDULÓN.

2169

Ricardo Alberto Linares Martagón

Tutor autónomo del idioma Inglés

El sol era más brillante y caluroso; los árboles, prácticamente inexistentes; el agua, insuficiente, generando deshidratación, la causa del mayor número de muertes en ese tiempo. El año era 2169. Afortunadamente –para algunos–, no hacía mucho, científicos soviéticos habían descubierto la existencia del agua en Júpiter.

El día en que se dio a conocer la noticia a nivel mundial, las celebraciones en todos los rincones del mundo no se hicieron esperar. La gente se desbordó sobre las calles para celebrar lo que entonces parecía la salvación. La esperanza estaba por los cielos. La alegría se hacía presente en forma de risas, gritos, cánticos y llanto. Tristemente, no faltaron esos idiotas inconscientes que –por la euforia del momento, quiero pensar– se tiraban entre sí cubos o globos llenos de agua, como si de esta hubiera de sobra.

Pese al júbilo, había dos variables más en consideración que complicaban la pronta adquisición del tan preciado elemento. La primera era el excesivo tiempo (cinco años) que tomaba llegar y regresar de Júpiter, y la segunda era la aún imposible forma de transportar suficiente agua para todos. Por consiguiente, después de doce meses de exhaustivas pruebas, fórmulas, análisis y cálculos, se llegó a la inminente conclusión de que lo más asequible era que todos los habitantes de la Tierra fueran trasladados a Júpiter. Fue así como, a mediados del año 2171, el primer grupo numeroso de terrestres llegó a vivir al quinto planeta.

Hoy, 25 de septiembre del 2199, casi treinta años después del inicio de aquella empresa, siendo exactamente las 10:16 de la noche y conectado a una máquina hidratante, yo y aproximadamente cien millones de personas más, que por las mismas causas (dinero, raza, religión, etc.) que siempre

han hecho del humano un ser imperfecto e inconcebiblemente indolente ante la desgracia ajena, seguimos esperando a que sea nuestro turno de mudarnos al maravilloso y acuoso Júpiter.

ECOS NOCTURNOS

Maya B. Haro

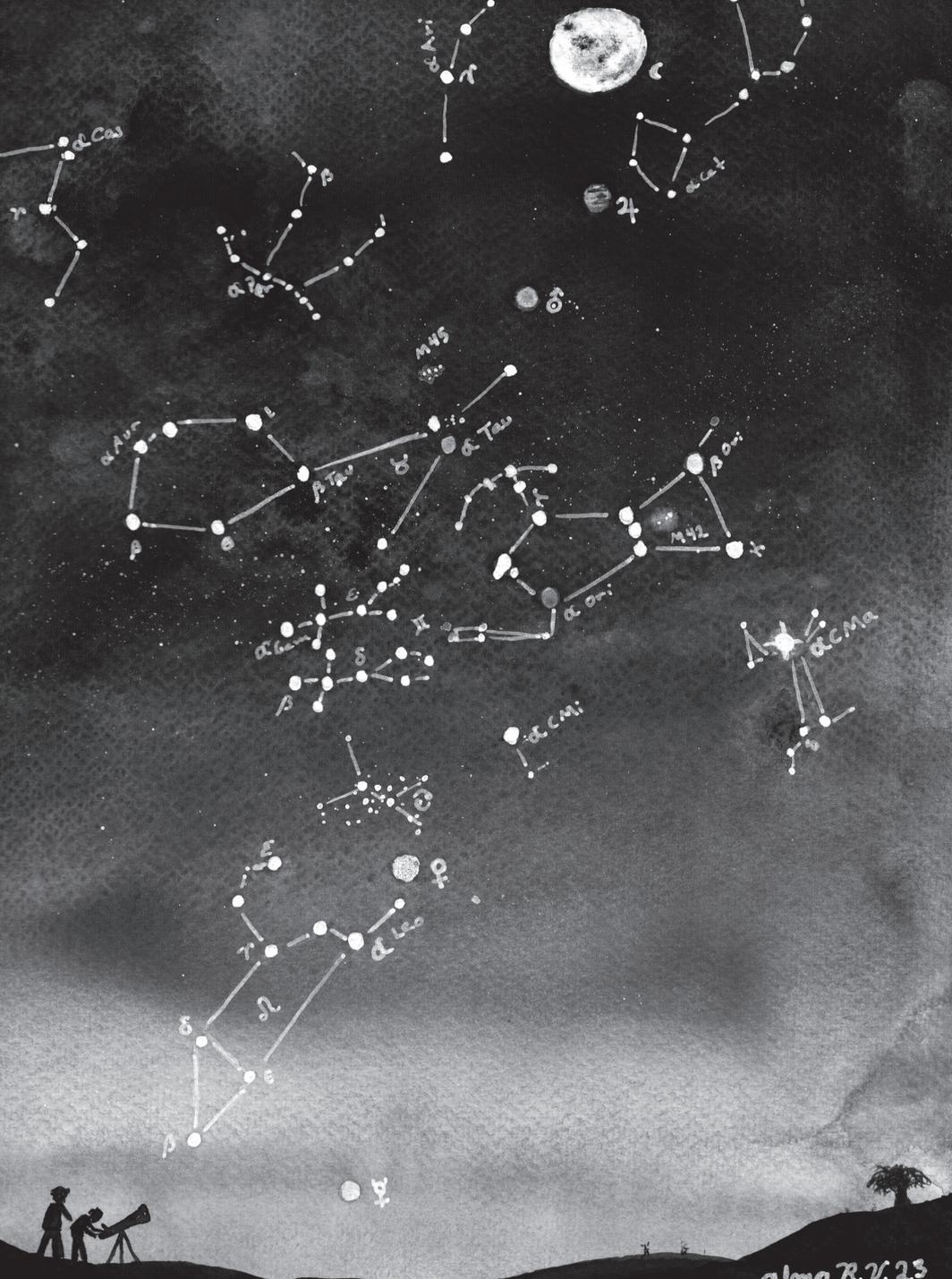
Lic. en Diseño de Moda en Indumentaria y Textiles UAA, 1^{er} semestre

Solía perderme en el cielo de niña, me dolía el cuello mientras caminaba, pues mirando hacia arriba con la luna conversaba.

Inventaba mis propias constelaciones recostada en el pasto y a las luciérnagas les cantaba canciones.

Siempre supe que no pertenecía a este mundo, el cosmos me reclamaba y, a veces, sentía que con su polvo de estrellas volaba.

Nunca dejé de escuchar a la luna, somos amigas. Planeo ir pronto a nuestra casa de visita.



Espectadores nocturnos, Alma Ruiz Velasco

Alma R.V. 23

De MERCURIO a MONET

Az

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3^{er} semestre

iQué irónico es ser pintor! Qué irónico es estar cerca del sol y que aun así exista frío tras nosotros. Los humanos siempre piensan en el cosmos como un lugar helado y sin fin, pero ponerles una estrella frente a la boca los hace murmurar sobre el calor, el fuego y las brasas; piensan similar a nosotros, los de sorprendente cercanía a ellas. Sin embargo, no me creerían ni una palabra sobre mi álgida soledad y el hielo que me pica en las sombras.

Un planeta tan pequeño como yo, poco más grande que tu luna, viajando a alta velocidad, intenta escapar de la dura realidad: no tiene a nadie, las estaciones se le escapan, los satélites prefieren a Júpiter y ni el poco polvo se junta para crear un anillo a su alrededor. No hablo de mí, claro, ¿o sí? Pues bien, es cierto que ni atmósfera tengo, pero juro ser fascinante: mi cuerpo es rocoso y denso, casi todo de puro hierro. Amarías pintar mis cráteres, imagínalos llenos de agua, cuidando nenúfares, aunque, claro, florecer aquí es imposible por las extremas temperaturas, eso gracias a esa maldita exósfera, pero no debes dejar de lado la imaginación.

Por favor, solo tenme un poco en mente, Monet. Tú puedes ayudarme y yo darte inspiración. Se dice que gozas de un jardín hermoso, puedes hacer de mí una extensión de él en tus pinturas.

Espero respondas. Con afecto, Mercurio.

EXPLOSIÓN DE AURORAS

Mar Amargo

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3^{er} semestre

Te sabía como la mañana.
Aunque Eos tu origen fuera,
tu sentido no cambiaba.
Tu luz, tu resplandor.

¿Dónde naces?
Tu origen,
una desesperada batalla
del rugido interno
y la inminente tempestad solar.

Aquello cohesiona.
Con incesante resistencia
es jalado hacia el exterior.
Vorágine de energía.

A mil kilómetros por segundo
sales, desenfrenadamente
como tormenta
a la Tierra azotas.

Pero no pareces llegar.
Eres repelida,
a los extremos polares
redirigida.

Hasta que te encuentras
al O y N danzantes,
que con sus verdes, a veces rojos y violetas pasos
tiñen tu camino.

Y allí apareces tú,
Aurora.





Viajero intergaláctico, Helen Carina Ramírez Padilla (HelenCary)

EL SENTIR AZUL

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3^{er} semestre

Estando aquí arriba, cualquier pregunta era válida. Nadie me juzgaría si preguntaba acerca del olor de los colores, o de la sensación que ellos mismos me evocaban. Claro que tenía curiosidad por averiguarlo. ¿Sería el olor morado dulce como una uva y embriagador como el vino? ¿O, más bien, nauseabundo como la piel en estado de descomposición? ¿Qué hay del color rosa? ¿Sabría reconocer al olor rosa si este me hiciese recordar la sensación de los vestidos rosas de tul, con los que mi mamá solía vestirme cuando era niña, tirando pétalos en el pasillo de una iglesia cualquiera, en la boda de unas personas cuyos rostros me cuesta recordar? ¿O me recordaría, en cambio, la mano nudosa y áspera que ese hombre deslizó bajo mi vestido de tul durante la ceremonia religiosa?

Mi madre me culpó por ello, me hizo pedirle perdón por haberlo acusado, y me prohibió volver a mencionarlo a alguien. Rememorar el momento se había sentido como una punzada en mi pecho. Las manos habían comenzado a picar, y el cabello de repente se sentía pesado, aun cuando ni siquiera me llegaba a la barbilla. ¿Debía cortarlo más? Había probado el tabaco una vez en mi vida, cuando tenía 16 años. Me sentí culpable luego de terminarlo, pues mi madre siempre me había recalado que uno de sus hermanos había muerto de cáncer de pulmón. Nunca confesé a nadie sobre el cigarrillo, mucho menos sobre lo mucho que me había gustado.

También me preguntaba sobre el aroma azul, o lo que aquello me evocaba. No era la primera vez que lo pensaba, la mayoría de las veces era cuando estaba sobre mi cama, observando el techo gris de mi cubículo de descanso, y lo tenía claro. Como siempre, aquello podía tener dos resultados: el primero, me recordaba al baile de bienvenida del último año de bachillerato, usando el vestido terciopelo azul que me había confeccionado

mi madre con esmero, sintiendo el hormigueo en el estómago causado por los nervios al encontrarme con ese chico que tanto me gustaba. Mi pecho se hinchó de felicidad cuando tomó mi mano y me puso el ramillete de narcisos azules alrededor de la muñeca, y estrechó sus dedos con los míos.

El segundo, me recordaba al uniforme que usaba ahora mismo. No importaba que lleváramos el mismo uniforme, no importaba que hubiera destacado tanto en mi entrenamiento físico, ni los doctorados que me habían costado miles de noches en vela y enésimas lágrimas que tantas veces me hicieron querer renunciar a este sueño que ni siquiera era el mío. Nada de eso importaba, pues aquí para ellos era solo una mujer. En la nave éramos cinco personas, cuatro eran hombres.

El hecho, más que incomodarme, me había aterrado. Nunca había sido buena para relacionarme con los hombres y odiaba saber que el pasado me perseguía, me hacía sentir insuficiente. “No puedes dejar la academia ahora que has llegado tan lejos”, dictaminó mi madre en cuanto le comuniqué aquello que me incomodaba. “No tienes que preocuparte por nada, recuerda que no cualquier enclenque puede llegar a la luna”, me repetía constantemente. Y obedecí, pues ella siempre tenía razón.

Claro que, cuando lo conocí, el apretón de manos que intercambiamos fue todo menos amistoso; la manera en que acariciaba sin parar el dorso de mi mano, sus ojos fijos en mi cuerpo, la sonrisa tétricamente alineada que asomaba entre sus labios al mencionar mi nombre. Cambiaba su carácter conmigo y con los otros tres tripulantes. Me hacía sentir pequeña y débil. Y su mano, que acariciaba mi rodilla cuando se sentaba a mi lado durante la comida, me hacía sentir asco de mi propio cuerpo.

¿Cómo llegué a este lugar teniendo la mente tan jodida? Pero, sentada, viendo el infinito y negro vacío, ¿qué importaba?, ¿qué importaba la incomodidad al pasar a su lado?, ¿qué importaba la misión en sí misma por la que me encontraba aquí?, ¿qué importaba el sueño de mi madre, al que me había condenado? Encontrándome a mí misma frente a este universo, me perdí. No era nada, no era nadie. ¿Era culpa mía el haberlo escuchado entrar en mí cubículo, arrancar la sábana que me cobijaba, y pasar sus manos por mi cuerpo? La mitad de las cosas no las recuerdo, el sentirlo cerca mío me causó una especie de ataque de pánico y me congelé.

Recuperé la consciencia luego de que ya se hubiera ido, pero la sensación pegajosa en mi piel me hizo querer vomitar. Pero ¿llorar serviría de algo? Mi madre siempre me dijo que sólo era un desperdicio

de energía hacerlo, y que cuando lo hacía era sólo para llamar la atención de la gente. No volví a hacerlo desde entonces. Luego de eso, las lagunas mentales se volvieron más y más recurrentes.

Cada vez recordaba menos, y me asqueaba más de mí misma al despertar sin ropa y con la piel de los muslos irritada. Tampoco recordaba tener tanta fuerza, la suficiente para asfixiar a alguien hasta su muerte. Fue el peor momento, para recordarlo todo, encontrándome sentada sobre él, sin ropa, y con las manos aferradas a su cuello. Su rostro se había vuelto morado y sus ojos se enrojecieron, mirándome con pánico. Pude soltarlo, pudo recuperarse, pudieron amonestarme y llevarme a prisión, y él viviría. Pero, ¿era eso lo que quería realmente? No lo solté, por el contrario, apreté más fuerte.

Mi madre me había convencido de que este era mi sueño, era el sueño que me había heredado el padre que nunca conocí, y perseguir un sueño ajeno me había arrastrado hasta la miserabilidad. Pero hoy decidí cambiar aquello. Hoy decidí tomar el control de mi vida. Ya no me dejaría vencer por las palabras de mi madre, ni me haría pequeña por las miradas que me enjaulaban en el estigma de mi propia impertinencia. Así, mirando el infinito y espantoso vacío, me di cuenta de que ya no me resultaba aterrador. Temblando mi mano, apreté el botón rojo de la compuerta.

Y el vacío me succionó.

Las luces rojas dentro de la nave sonaron fuertes antes de que el ruido se extinguiera en sí mismo. Apenas un atisbo de los gritos de pánico de mis compañeros tripulantes llegué a escuchar antes de sumirme en el silencio del espacio. La presión me apretujó el pecho y se expandió por todas mis extremidades; pero contrario a sentir el pánico de la muerte, sentí la libertad abrazarme, quitándome las cadenas de eso que se llamaba vida.

Mantuve los ojos abiertos hasta que dejé de sentirlos, pero la asombrosa vista de este infinito vacío, negro y azul me bastaba. Mi madre siempre me había pedido que nadara entre las estrellas, y este era el último deseo que le iba a conceder.

*Estrellita, ¿dónde estás?
Me pregunto qué serás,
en el cielo y en el mar,
un diamante de verdad...*

ESPACIO INTERIOR

Victoria Lara Pérez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre

Nací con galaxias en la punta de los dedos,
con el poder de decidir si destruyo o creo.

Constelaciones se reflejan en mis pupilas,
brillando de cuando en cuando sobre mis mejillas.

Tras mi paso se percibe una efímera estela,
tan veloz que si pestañas no logras verla.

Lo que acaricio se convierte en polvo de estrellas,
del que a veces renaces y otras veces te quemas.

Durante un eclipse fueron creados mis labios,
sobre los que descansan besos y versos varios.

El infinito echa raíces en mi cabeza,
dudosa de si cortarlo o dejarlo que crezca.

Mi existencia seguido entra y sale de órbita,
círculos imperfectos en ruta caótica.

Cargo el peso de la gravedad sobre mis hombros,
con la que saboreo el cielo y devoro el fondo.

Mi corazón fue reemplazado por la luna,
porque todo lo siente y nada lo disimula.

De un lado tengo a Plutón y del otro a febrero,
en mis entrañas habita un universo entero.



Agujero negro, Alma Ruiz Velasco

alma R.V. 23

MICPAPALOTL

Alma Ruiz Velasco

Doctora en Astrofísica y divulgadora independiente

20 de junio de 2029, República de la Libertad (35.2245, -111.8755)

Nadie me cree, de cierta forma lo entiendo, porque yo misma no quiero hacerlo. Calculé varias órbitas con la esperanza de que no fuera cierto, pero Leo respondía con su voz sensualizada: “probabilidad de impacto con la Tierra igual a 0.9873”. Su intransigencia me sacaba de quicio, le grité un par de veces llena de frustración que debía de haber un error, que seguramente estaba haciendo algo mal, hasta que me recordó que mi comportamiento agresivo iba a ser registrado en mi perfil ciudadano. Traté de convencerlo de que no me reportara, como si se pudiera convencer a un algoritmo arcaico de entrar en razón. Luego le dije que detuviera el proceso y que volviéramos a correr la simulación una vez que encontrara más datos. Mientras mis esperanzas se hundían, recordé aquellos años cuando estaba en la Universidad: mis compañeros se burlaban de mí diciendo que estudiar astrofísica era una pérdida de tiempo; con todos los telescopios robotizados ya nadie necesitaba astrónomos, era una “ciencia muerta”. Yo bromeaba diciendo que algún día descubriría el cometa que se estrellaría con la Tierra y acabaría con la humanidad... Ya no me daba risa. Bajé datos de los archivos de San Pedro Mártir, Paranal y Mauna Keay, en todos aparecía Micpapalotl. Mientras más observaciones obtenía, más amargo era el resultado.

Micpapalotl –Mariposa de la Muerte–, así había nombrado informalmente al asteroide de siete kilómetros que se precipitaba sin remedio hacia la Tierra. La noche en que lo encontré había una enorme mariposa negra en la ventana; las había visto en la casa de mis abuelos cuando era niña, pero nunca había visto una en estas latitudes, pensaba que eran animales que solo habitaban en los trópicos. Según el libro de leyendas que me heredó mi tía, los aztecas las consideraban

mensajeras del inframundo, por lo que el nombre me pareció de lo más adecuado.

Cuando finalmente terminó de cargar los archivos, le pedí a Leo, esta vez con mi voz más diplomática, que me recitara los últimos parámetros obtenidos: “Eje semi-mayor de la órbita: 2.2 unidades astronómicas; velocidad de entrada: 35 kilómetros por segundo; densidad: 3000 kilogramos por metro cúbico; ángulo de inserción, 69 grados; fecha de impacto: 13 de julio del 2029; energía liberada: 78.8 millones de megatonnes...”.

Mandé mensajes a los directores de varios observatorios, al Decano de la Universidad, a la Agencia de Seguridad Espacial, pero nadie me respondió. ¿Estarían saliendo mis mensajes de la red interna?, y ¿por qué no se había activado la alerta?

—Tal vez hay un virus en tu código —dijo mi compañera de celda, quien siempre encontraba la forma de ridiculizar todo lo que yo hacía. ¡Claro que no había un virus en el código!, pensé. La respuesta era muy simple, pero nadie quería admitirlo: la inteligencia artificial era consciente y estaba esperando a deshacerse de los humanos.

El peor error de este siglo fue confiar en que el Sistema nos avisara sobre estados de emergencia y desastres naturales, ya había fallado antes: pasó con el huracán doble que arrasó con miles de personas en Tailandia, pasó con el incendio de París y con el volcán del sur de la República. Pero en todos los casos la respuesta oficial fue que habían sido los hackers de la Alianza, cosa que no tenía ningún sentido, pero igual nadie se iba a poner a discutir en contra del gobierno. Estábamos condenados. Estaba atada de manos y tenía que tomar una decisión: perder mi tiempo tratando de convencer a todo el mundo o salir corriendo y salvar mi pellejo.

30 de junio de 2029, parque Gitnadoiks (54.119038, -129.149114)

Días oscuros, nublados, con truenos y relámpagos, pero sin lluvia y con un calor sofocante que no me deja respirar. Noches sin luna ni estrellas, solo los aullidos de los coyotes me ponen los pelos de punta. A veces los escucho tan cerca que tengo la sensación de que me están siguiendo, y cuando no son los coyotes, son los disparos los que no me dejan dormir. Éstos también me producen la horrible sensación de que me están acechando. Hay días en que me quedo dormida a media tarde mientras se hierve el agua, no puedo evitarlo, aunque sé que es peligroso; un descuido y los Centinelas podrían encontrarme. Estoy sola esperando el fin del mundo escondida

en la ribera del Yukon. Mi única esperanza es llegar a los túneles de lava y luego... no sé. Al estar bajo tierra estaré a salvo durante el bombardeo, el problema va a ser cuando salga. Todo será distinto. Ya era distinto.

Hace un par de semanas mi vida era un constante aturdimiento entre el trabajo en el taller de programación de la universidad y los fines de semana en los bares del Sector Rojo. Me trataba de convencer de que tenía amigos, de que era feliz, pensaba que mi vida era perfecta, aunque no tuviera ningún propósito. Hoy estoy viviendo como un animal salvaje, prófuga de la ley, apenas con fuerzas para seguir manejando.

3 de julio de 2029, Frontera de Alcan (62.641920, -141.082822)

Me tuve que esconder varios días de los Centinelas sin atreverme a salir en busca de comida. Esos malditos drones me estaban buscando y no me darían el beneficio de darles una explicación. Me acribillarían ahí mismo.

Pensé que me iba a morir de hambre. A veces me despertaba a medianoche apretándome el estómago, llena de náuseas. Luego la fiebre: tres días temblando de frío y sudando hasta empapar mi bolsa de dormir. Soñaba que me hundía en la tierra, pero no podía gritar, no tenía ni siquiera fuerzas para eso. Realmente pensé que no lo lograría.

13 de julio de 2029, Bosque de Tanana (63.452475, -143.594982)

Micpapalotl es un fragmento del cometa Enke y forma parte del flujo de meteoros de las Táuridas, una especie de río de escombros que intercepta la órbita de la Tierra dos veces al año. La lluvia de estrellas que ocurre entre octubre y noviembre es el resultado de este flujo que entra por el lado nocturno de la Tierra. Cuando la corriente da vuelta después del perihelio, los meteoros entran por el lado diurno de la Tierra y no se pueden rastrear hasta que ya están demasiado cerca. En este segundo punto de coincidencia, los fragmentos entran con ángulos casi perpendiculares, lo que hacía a Micpapalotl aún más destructivo.

La primera explosión sucedió la madrugada del miércoles 11 de julio, dos días antes de lo predicho. Primero me despertó una luz intensa, casi psicodélica. Soñaba que estaba nadando en las playas de Chicxulub, donde mi tía me llevaba a nadar cuando era niña, mientras ella me contaba que hacía muchos años, en ese mismo lugar, había caído un enorme asteroide que acabó con los dinosaurios. ¡Qué ironía! Yo estuve a punto de sufrir

la misma suerte que aquellas majestuosas criaturas, pude haber muerto aplastada como una lagartija.

Minutos más tarde, la cueva se estremeció con una serie de detonaciones cada vez más fuertes. Micpapalotl no viajaba solo, con él venía un enjambre de rocas de menor tamaño que prolongarían el bombardeo, quizá por varios días; asegurando que la destrucción llegara, de una forma u otra, a todos los confines de la Tierra.

Me envolví en la bolsa de dormir y avancé hacia la entrada, se habían formado nubes rojas que avanzaban lentamente hacia el sur, no eran de lluvia, eran colosales masas de roca incandescente. Se elevaban hasta la estratósfera y luego caían sobre su propio peso. Hasta podía ver las celdas de convección, seguramente alimentadas con edificios, torres, casas, personas... Ahí iban siglos de historia, de guerras, de corrupción, de ilusiones. Ahí quedó la civilización.

Ya no tenía miedo, ¡estaba harta! Quería que todo acabara de una vez por todas. Estaba cansada, exhausta de huir hacia ningún lado, de llorar por las noches hundiendo mi cara en la bufanda chamagosa para evitar que me escucharan. Me dolía todo el cuerpo, de frío, de hambre, de desesperación... Me sentía miserable. Qué tonta, ¿por qué me alejé del punto de impacto?, ¿por qué no me acerqué y me ahorré el sufrimiento? Ya estaría frita igual que todos esos miserables.

Me di cuenta, con una especie de alivio combinado con horror, que al fin estaba sucediendo, no me había equivocado y ¡cuántas veces quise estar equivocada! Al ver todos esos proyectiles surcando el cielo había una voz punzante y victoriosa que decía: ¿Ven?, ¡se los dije!, ¿ya me creen?, ¿qué van a hacer ahora? Luego esa misma voz se volvió contra mí: ¿qué vas a hacer tú ahora?

Esa noche me quedé contemplando la lluvia de estrellas más espectacular que habría visto la raza humana en miles de años. Las nubes oscuras de fondo, que en algunas partes estaban iluminadas por los incendios, eran penetradas por enormes bólidos, estelas rojas, verdes, anaranjadas... Oxígeno, magnesio, sodio. Estaba segura de que muchos de esos fogonazos eran basura espacial, sobre todo los que tenían un resplandor azulado. Esos satélites de rastreo ya no se entrometerían en la vida de nadie.

Al tercer día, todo quedó en silencio, no solo ya no se escuchaban explosiones, tampoco se escuchaba el viento, ni los animales o el correr del agua. Tal vez me había quedado sorda. Me miré las manos, estaban llenas de tizne. Apreté los puños hasta que mis nudillos se pusieron blancos y las

uñas se me clavaron en la carne, luego relajé las manos y, mirándolas como si ya no fueran parte de mí, troné los dedos. Ahí estaba, un sonido, el único sonido humano en miles de kilómetros.

14 de noviembre de 2029, Bosque de Tanana (63.452475, -143.594982)

El invierno nuclear se había entrelazado con el invierno estacional. El aire olía a quemado y no había visto el sol en meses, tampoco me había visto en un espejo y estaba segura de que tendría la apariencia de un monstruo. La ropa se me caía y tenía que escarbar cada vez más profundamente para encontrar algo comestible: una raíz, un caracol, y si tenía suerte, un roedor tan muerto de hambre como yo. El frío y la oscuridad eran algo a lo que no lograba acostumbrarme. Todo el tiempo, día y la noche, no parecía haber ninguna diferencia. Era difícil llevar la cuenta de los días con esa gruesa capa de polvo que ocultaba las estrellas. Decidí moverme hacia la costa, solo tenía que esperar a que cesaran las tormentas. El impacto había destruido la red eléctrica y sin una inteligencia central, eventualmente, los Centinelas dejaron de funcionar. Ya podía caminar libremente.

Li-bre-men-te... Qué extraño concepto. Por primera vez en mi vida nadie sabía de mi paradero, ya no era un punto en el mapa del Sistema o un número en los censos de la República. Era un ser vivo que se movía entre otros seres vivos, podía escuchar los latidos de la Tierra, podía quedarme inmóvil y contemplar la fogata por horas sin que nadie me dijera que dejara de perder el tiempo y me pusiera a trabajar. Mi mente estaba quieta, enfocada, un momento a la vez. ¿Estaría sola? No podía ser, tenía que haber sobrevivientes regados por todo el mundo, tal vez se estarían pelando por agua y comida, seguramente muchos estarían enfermos y esperando ayuda. Y, mientras tanto, yo estoy aquí, al borde de la locura, hablando con los árboles.

20 de diciembre de 2029, Isla Montague (60.078827, -147.445966)

Había estado nevando por varios días, parecía que quedaba menos polvo en la atmósfera porque la nieve ya no era gris como antes. Flotaba suavemente creando una cortina fantasmal. Salí a pescar algo esta noche aprovechando que había luna llena, esperando tener mejor visibilidad junto al reflejo de la nieve. También los animales empezaron a asomarse, los coyotes me rodeaban, seguramente esperando a que cayera muerta. Tal vez algún día se les cumpliría su deseo.

Cuando dejé el campamento, el cielo había tomado ese color azul tan nostálgico, tan frío. Poco a poco se iba oscureciendo mientras yo avanzaba, sumergida en ese resplandor índigo, escuchando el crujir de la nieve bajo mis pies y con una extraña sensación de ansiedad. Era como si hasta el tiempo se hubiera congelado. También dejó de nevar.

Cuando llegué a la playa, la luna ya se asomaba por el horizonte, estaba enorme y de un color marrón oscuro. Era por el eclipse. Era como una enorme piedra volcánica flotando apenas por encima de la planicie congelada que era el océano, parecía que se deslizaba sin poder elevarse, como si estuviera demasiado pesada. Entonces escuché un ruido que venía del otro lado de la pared del acantilado, no eran animales, era más bien como si rompieran hojas de papel celofán. Subí a las rocas para tener una mejor vista, pero no podía ver nada.

Otra vez, ahí estaba el ruido. La luna empezaba a dejar la sombra de la Tierra y ya brillaba blanca en uno de sus costados. Un reflejo en medio del hielo, lo veía apenas forzando los ojos. Se acercaba. No podía ser una ballena, era simétrico, un poco triangular o algo así. Espera, espera...

La luna estaba cada vez más brillante, ya tenía iluminada más de la mitad de su cara, lo que me ayudaba a ver mejor. El objeto parecía metálico, ¿era un barco? ¡Era un barco rompehielos!

El eclipse había finalizado. La luna ya brillaba completa... excepto por ese trozo que había perdido durante el bombardeo.

Fin

HIJA DE TITANES

Arly Aguamarina

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre

Alzada en el cielo, tú sirves de anzuelo
a miradas ansiosas y almas curiosas
que buscan consuelo o algún sobrevuelo
en sus vidas monótonas.

Fiel compañera que danza a nuestro lado
haga buen tiempo o en cambio esté helado.
En la negra noche te observo en el coche,
brillando en el claro, guiando como un faro.

Con gran maravilla, me vuelvo polilla,
tentada a tu brillo entre el canto del grillo,
pues escena eres luego del atardecer.
Moneda de plata o gatuna sonrisa
que a veces se esconde o sale con prisa.

Dama que conquista, musa del artista,
aun junto a la diosa tú eres hermosa.
Al océano atraes, a sus ojos distraes,
sus olas te buscan, besarte ellas gustan.

Blanca piel brillante, vampira ambulante,
te tiñes de rojo cuando bebes sangre.
Los lobos te cantan, las brujas te bailan
y yo aquí te veo a la distancia pensando:

¡Luna querida, hija de titanes!



Luna, Victoria Castañeda Lizalde

RETRATO DE UNA LINDA FAMILIA

Eduardo Omar Honey Escandón

Lic. en Escritura y Análisis Literario CMA, 3^{er} semestre

En la guardería estelar, un pequeño sol amarillo abrió los ojos y deseó ir más allá del abrazo galáctico. Dispuso en su órbita lo que encontró: quería formar una familia. Se despidió de sus hermanos y se lanzó a los océanos cósmicos.

De niño, al vagar, aprendió de las gigantescas abuelas naranjas y de los negros patriarcas sin fondo que la gravedad es el instrumento básico para cualquier estrella que se respete.

Pudo entonces tejer un rosario de hijos donde, beso a beso, los modeló. Al primero lo tuvo cerca para cobijarlo hasta el fin de los tiempos. A la segunda le otorgó más libertad, que no supo manejar; así que enfermó y sigue con elevada temperatura, como mal aliento. A la tercera le regaló el don del agua líquida, por lo que ocasionalmente le brotan molestas plagas por un tiempo.

El cuarto fue una pequeña mala imitación de la tercera y terminó por secarse en ocres tonalidades. Con el quinto tuvo un accidente y se le rompió.

Al sexto le dio tanto de comer que creció demasiado, envuelto en tormentas y gases. Al séptimo le midió mejor la comida y lo premió con anillos compuestos por sobras.

Ya algo cansado, con el octavo agotó los azules y, al final, los verdes con el noveno. Antes de regresar al centro, pateó una pequeña basura y, sin querer, puso en órbita al décimo retoño.

La gravedad, cual instrumento de amor, unirá a la familia mientras el pequeño sol amarillo no envejezca. Después, en un momento de senilidad, se hinchará para luego desinflarse cual globo estelar. Con algo de suerte, de sus cenizas y sin importar el eón que sea, surgirá otra guardería donde, tarde o temprano, nacerá un sol más para tejer una familia.

POR eso LOS eCLIPSES SOLO DURAN minutos

Frida Joen Rangel Esparza

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 1^{er} semestre

Hay un montón de estrellas en el espacio, pero para nosotros el Sol es la más importante.

Todos admiran al Sol, el calor que regala y su luz propia. Aman la seguridad que les da, la amabilidad de su trato.

Me gusta pensar que existen personas que son como el Sol, aquellas a las que todos miran, que brillan por sí mismas; aquellas que atraen a todos. Sé perfectamente que eres parte de ellas.

Supongo que te acostumbraste a recibir esa atención, pero nunca de una manera superficial, siempre agradeces y sonrojas el cielo. Pero tú también sientes, también admiras y también ves; y no pude evitar notar tu atención por otras estrellas como tú.

Capella suele llevarse la atención de algunos, incluyendo la tuya.

Capella sabe que brilla y le gusta la atención que recibe por su brillo, en especial la del Sol.

Admirabas mucho a Capella, de eso sí me acuerdo, pero nunca pudiste ir detrás de ella. No te pudiste mover.

Me preocupaba un poco, si te soy sincera, no quería desorbitarme ni alejarme de ti. Menos por alguien como ella.

Mencionándome un poco más, yo nunca fui la gran cosa. Me pienso a veces como la luna, no brillo porque no tengo luz propia, o al menos no lo hago si no es reflejando la tuya... a la que ya me volví adicta.

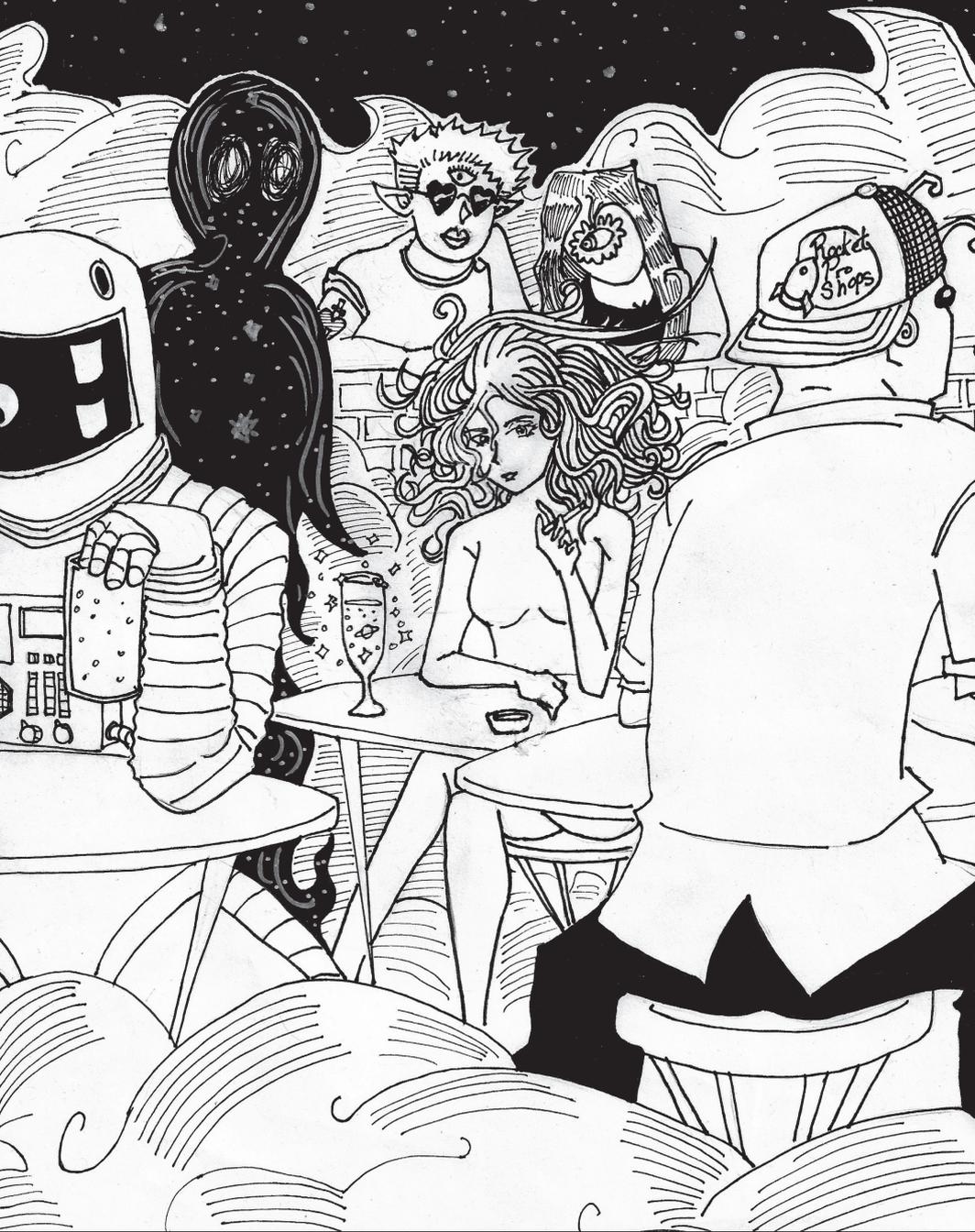
Nadie me dejará mentir, siempre morí de celos y de miedo cuando supe que Capella llamaba tu atención, también cuando supe que Shaula solía ser tuya. Todo esto sabiendo perfectamente que alguna vez te atreviste a mirarme, cosa de la que me di cuenta muy tarde.

Llevo un reloj en el dedo del anillo en cada mano; esta vez para contarte que estoy casada con el tiempo, con la nostalgia.

Nostalgia que me tortura con esta enfermedad que vivo de no tenerte.

No importa a donde vaya o cómo me mueva, estoy condenada a volver a ti; sólo que a 149.984×10^6 km de distancia porque mi castigo es admirarte y no estar contigo. Sé que fundirme contigo no duró más que 7 minutos y 28 segundos.

La Luna no puede brillar sin el Sol, no puede llamar su atención; por eso, de vez en cuando, se acerca a ella y decide divertirse un rato. Por eso los eclipses solo duran minutos.



Champagne supernova, Ivanhoe Herrera de Velasco

VAGABUNDEO *SULLA* LA VÍA LÁCTEA

Mariana R.

La bóveda oscura que me oprimía el infantil pecho,
el lecho paterno que me asfixiaba,
al mismo tiempo me protegía de la incertidumbre estelar.
Las malvadas hermanas que causaban destellos que no me dejaban dormir.

En aquellos tiempos dormía bajo el manto acuario.
Bajo la bella estrella dormí.
Y Dios, encima de una nube de *smog*, velaba mis sueños.

Como los astros envejecí, histérica sacerdotisa,
y cursé navegando la longitud lechosa
que se derramaba a borbotones, semilla,
como leche materna sobre los planetas.

Pese a no tener papás o nación,
al paisaje espacial bendije siempre, e
hipnotizada, la Luna seguía mis vagabundeos...
mis *flâunereadas*¹.
Y cuando ya no quedaba más alcohol,
ella estaba ahí. Y me hartaba y la maldije, como si fuera mi madre.

Pero al final, a la bella estrella, siempre pertenezco.

¹ De la palabra *flâneur*: "caminante" en francés.

VOLAR, SÓLO VOLAR

Eduardo Omar Honey Escandón

Lic. en Escritura y Análisis Literario CMA, 3^{er} semestre

Escuchas tu respiración, una y otra vez. Apagaste la radio, no quieres oír todo lo que se dice desde el centro de control. Has hecho esto decenas de veces. Excepto que nunca aquí, tan lejos de donde naciste. El panel junto a la puerta indica que únicamente queda el oxígeno residual. Compruebas los sensores de tu traje, corres una prueba final para verificar que todo está listo. Activas tu radio:

—Doble revisión. Listo —comunicas con tranquilidad.

—También terminamos; tienes luz verde. Es todo tuyo el EVA.

Tocas el panel para que se abra la compuerta. Frente a ti está Plutón iluminado por un sol tan distante que parece un accidente. Con la voz activas la música que siempre te ha acompañado: el remix del *Bach G minor* hecho por EduTry. Te tomas del marco de la puerta para acucillarte, cierras los ojos mientras te sumerges en la melodía y te impulsas con las piernas y los brazos para salir.

Tu cerebro dice que caes rumbo al planetoide que tienes frente a ti; sin embargo, estás prácticamente ingrávido. A esta distancia, Plutón no tiene masa suficiente para atraerte con fuerza.

Tampoco estás nervioso por tener no más de dos centímetros de diversas capas de tela, aislantes, metales y otros compuestos entre tu cuerpo y el vacío que te rodea. Sin esa protección, hervirías y te congelarías casi al mismo tiempo.

Estás aquí para tratar de romper tu propio récord, cumplir tu sueño.

El blanco cordón umbilical que te une a la nave se desenrolla lentamente. Esta vez serán sólo cinco kilómetros. Con tu fama y lo que ha costado llegar a este lugar, la comandante no quiso tener que correr riesgos de más.

Abres los ojos, quieres mirar cómo la superficie se aproxima, aunque el proceso llevará varias horas. En su momento sentirás el tirón

del conector cuando se tense. Mientras, quieres entregarte a la sensación de caída. Te corriges: no es caída, hoy es momento de volar.

—¿Por qué sigues en la cama? —Pregunta tu madre cuando entra al cuarto—. ¿Te sientes mal?

—No, mamá, no quería despertarme —contestas con tristeza a la par que tu madre se sienta en la cama y te acaricia la sien—. Soñé que estaba en un enorme prado verde iluminado por el sol de mediodía. Estaba feliz, tan feliz que empecé a brincar. Con cada brinco tomaba más impulso y me elevaba más. Seguí brincando y, por fin, alcancé las nubes. Ya no caí, volé por encima del prado por muchas horas. El viento me pegaba en el rostro, jugaba con mi cabello. Creo que era feliz como nunca lo seré. Quiero volver a sentir esa libertad, esa alegría, quiero regresar allí.

Tu madre te abraza mientras sollozas por el sueño perdido.

La superficie de Plutón cubre todo tu campo visual. Entonces, sientes el tirón de tu línea de salvamento y, sin dejar de percibir que sigues descendiendo, tu trayectoria se modifica un poco. La nave, por encima de ti, te jalará lentamente con el fin de que también adquieras aceleración de forma horizontal.

Se activan pequeños cohetes en el armazón que está a tus espaldas para corregir levemente tu dirección y sentido. La computadora del traje te avisa que todo está en los límites establecidos.

La música sigue sonando.

Llevas meses entrenando con el grupo de paracaidistas. Hoy será tu décima ocasión. Vibra bastante la avioneta en la que vuelan, pero todos están sonrientes. Comparten este momento, tanto el rito previo como el posterior. El piloto indica que ya están a la altura y posición correcta.

El que está junto a la puerta corrediza hace el honor de abrirla. Cuando está listo, hace la señal de siempre y se lanza. Unos tras otros salen. Hoy optaste por ser el último. Brincas y el aire resuena en tu derredor. Los demás casi están en posición para formar una flor. Abres los brazos con el fin de frenar tu descenso y miras hacia abajo consciente de la cámara que está unida a tu casco. Ser el último conlleva también la responsabilidad de registrar debidamente las acciones del grupo e individuales.

El líder indica que es momento de separarse. El grupo lo hace así y los paracaídas se abren como si fueran fuegos artificiales en telas de diversos colores. Para ti no es suficiente, sólo han sido unos segundos. Aún intentando frenar con

brazos y piernas, cruzas el plano donde tus compañeros ya descienden colgados por sus paracaídas.

Apenas pasando el límite de seguridad, abres el paracaídas y te deslizas al punto de encuentro. En tierra, el líder del grupo está enardecido y va en tu busca. Te regaña, pero no le prestas atención. Te acaba de llegar el mensaje de que has sido aceptado en la Academia del Espacio.

La computadora del traje indica que sigues en la trayectoria esperada. No han sido necesarias otras correcciones. Esta será la última vez que te permitirán hacer algo así. Te has vuelto símbolo de la importancia de conquistar el espacio exterior, aprender a vivir en el vacío e iniciar la expansión a otros planetas y, pronto, a otras estrellas.

Sabes que, a cambio de hacer este viaje, vendrán meses y años donde tendrás que ser entrevistado en múltiples idiomas, acompañar a políticos en sus campañas, asistir a festivales y cenas de gala; hablar ante cientos de miles de niños y adolescentes para que decidan salir de la Tierra; escribir algún libro y, quizás, tener un cameo en una película que honre tu vida y tus hazañas. Por eso has estado planeando hacer algo único, especial, para esta última ocasión.

—Computadora, corre simulación del plan de apoyo. ¿Es factible?

—Ejecutando.

Mientras esperas el resultado —que no te detendrá, aunque no sea favorable—, abres comunicación de nuevo con la nave. Tal vez sea lo último que escuchen de ti.

Tras años de entrenamiento en tierra, órbita baja y puntos Lagrange, adquiriste mucha habilidad para maniobrar en el vacío, eres un genio en el Extravehicular Activity o EVA. Podías usar el equipo mínimo y maniobrar de módulo en módulo en las estaciones espaciales. O portar una de las mechas, robots de control humano, que se unen a los trajes espaciales en las estaciones más avanzadas como Petipa en L5.

Aprendiste a manipular objetos grandes como si fueran pequeños usando las líneas de seguridad para maniobras que pocos podían ejecutar. Todo esto era mucho más satisfactorio que lanzarse en paracaídas.

Pero aún no era suficiente.

Por las noches en tu litera, mientras el demás personal dormía, recordabas aquel sueño y la sensación que te produjo. Sabías que debería haber una forma.

—¿Ya miraste las noticias? —Te comentó un día uno de tus compañeros del escuadrón de reparación apenas entraste al comedor—. Hay unos tipos allá afuera a punto de hacer un slingshot.

Te fijaste en la pantalla: eran unos corredores de velocidad que iban de lugar en lugar con trayectorias óptimas para la aceleración de honda. El slingshot, caer hacia el planeta de forma tal que se es lanzado a enorme velocidad a otro punto, ya era una técnica muy vieja en los albores de la conquista del espacio. Pero se estaba convirtiendo en un deporte extremo. No despegaste la mirada de la transmisión mientras sucedía la aproximación a Júpiter y gritaste de emoción cuando esa pequeña nave salió disparada rumbo a Saturno. Entonces se te ocurrió algo.

Durante las semanas siguientes, hiciste cálculos y corriste simulaciones en tus tiempos de descanso. Ya con un plan claro y factible, lograste convencer a varias personas para que fueran parte de lo que llamaron tu "locura". Modificaron uno de los trajes EVA, consiguieron ser transferidos a una órbita baja y, finalmente, llegó el día en que todos se subieron a un vehículo de transferencia.

Saliste al vacío a varios miles de kilómetros de la superficie terrestre, te arrastraron con el cordón de seguridad y la computadora te soltó en el momento correcto. Saliste proyectado como un bólido que hizo un paso tangencial sobre la Tierra. El mecha añadido a tu traje corrigió la trayectoria y velocidad más de una vez. Miles de kilómetros más adelante, te atraparon para volver sanos y salvos.

No pudieron regañarlos. La transmisión en vivo y directo de tu hazaña rompió récords de audiencia y, de súbito, muchos quisieron entrar a la academia. Tras varias discusiones, el Alto Mando aceptó tus planes, y cada vez fueron por retos mayores: Marte, Venus, varias de las lunas de Júpiter, los anillos de Saturno, Ceres y Urano. Era la ventaja del vacío: no había una atmósfera que te frenara.

—Comandante —comentas por la radio—, voy a seguir un plan alterno. Ya está cargado en su computadora. Si todo sale como lo calculé, tendrán que mover un poco la malla de captura.

—¿Cómo? ¿Qué...? —Alcanza a decir la comandante antes de que cortes la comunicación.

Das la orden y el armazón de navegación acelera de súbito y baja un poco la trayectoria. Luego, con suavidad, se separa y te suelta. Tú y tu frágil traje sobrevuelan la superficie de Plutón. Como un guiño tuyo, extiendes los brazos al frente.

El futuro no importa. Estás volando con la libertad y la alegría del sueño, tu sueño, aquí, hoy.

TIERRA LLAMANDO AL mayor Tom

Cristian Adair Lara Camacho

Escritor independiente

Empieza la cuenta regresiva:

- (10) Los motores se empiezan a encender.
- (9) Los nervios retuercen mis entrañas.
- (8) Bajo las palancas y verifico los sensores.
- (7) Las emociones despegan junto con la pólvora y la gran maquinaria.
- (6) Enciendo un cigarrillo.
- (5) Afirmo mi estancia.
- (4) Las alturas, el cielo y las galaxias tendrán que soportar mis lágrimas de nostalgia.
- (3) Me acabo el cigarrillo y enciendo otro.
- (2) Me arrepiento.
- (1) Estamos fuera de órbita.

En esta infinidad soy diminuto ante aquella gran estrella que le da luz a los
[“sensibles”.

Me coloco el casco y el arnés; ahora soy un trozo de carne en lo abismal.
Las curiosidades del poder me alejaron de mi hogar para comprobar superioridad.
Me reclutaron por ser un gran viajero y saber flotar entre mis problemas.

En mi equipaje solo necesitaba café, cigarrillos y pintura en aerosol.
Mi primera parada fue en Kallichore, un satélite de Júpiter algo extraño.
Estacioné mi nave y di paso seguro en aquel piso lleno de rocas.
A lo lejos observé luces que parecían bailar.

Me acerqué, y empezó a sonar una especie de música techno.
Lo que me encontré era algo espectacular: cientos de entidades en un baile espacial.
Esas resonancias me atraparon en la pista central; no existía freno.
Las entidades podían entender mi lenguaje y me confesaron que ahí no
[existían géneros, razas

o sexos; que todos podían copular con quien quisieran; que no conocían
[la palabra “reglas”].

Me dieron elixir embriagante extraído de los huracanes de Júpiter.
El bombo de aquella máquina sonidera me consolaba la tristeza.
Inhalé polvo estelar y llené de grafiti cada parte que me pareciera genial.
Me besé con una entidad que me hizo poder respirar sin el tanque de oxígeno.

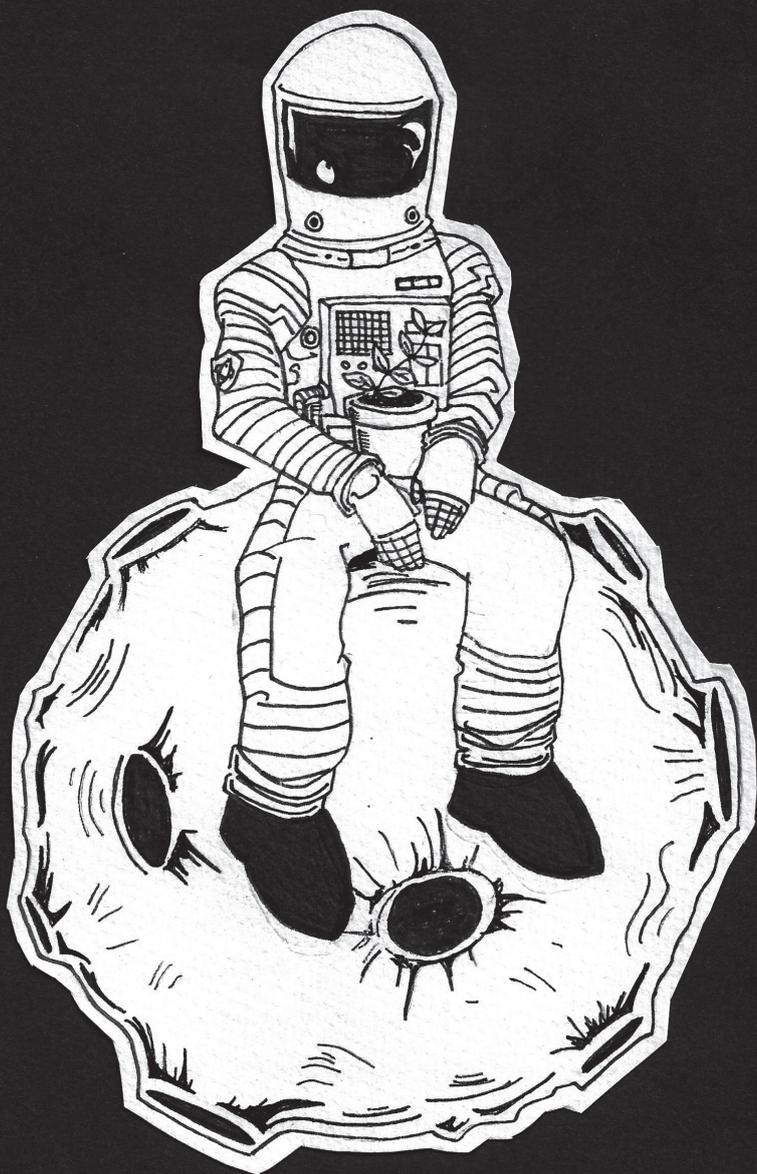
Era mi propia odisea espacial.

Y fue ahí cuando, en pleno colapso, abrí los ojos y escuché en la radio:

“Tierra llamando al Mayor Tom, Tierra llamando al Mayor Tom”

Sonaba la cuenta regresiva:

(5) Afirmo mi estancia.



Ya no me llamaron de la NASA, Ivanhoe Herrera de Velasco

ÍNDICE

DE IMÁGENES



Espectadores nocturnos
Alma Ruiz Velasco

8



Agujero negro
Alma Ruiz Velasco

18



Ya no me llamaron de la NASA
Ivanhoe Herrera de Velasco

38



Asuntos en Ganímedes
Eunice Medina Santos (Io Vereda)

4



Viajero intergaláctico
Helen Carina Ramírez Padilla (HelenCary)

12 - 13



Luna
Victoria Castañeda

26



Champagne supernova
Ivanhoe Herrera de Velasco

30

PIROCROMO

39

#31 Cosmos



¡Síguenos en nuestras redes sociales
para conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM

@revistapirocromo



TIKTOK

@revistapirocromo



FACEBOOK

@pirocromo